



PROGETTO
MAMBRINO

HISTORIAS FINGIDAS



Motivos caballerescos y reescritura paródica: el *Florestán del Palier* (1959) de Wenceslao Fernández Flórez

Elisabetta Sarmati
(La Sapienza, Università di Roma)*

Abstract

El paradigma de los libros de caballerías del siglo XVII encontrará una nueva fortuna en algunas novelas de autores contemporáneos como Fernández Florez (1885-1964), Álvaro Cunqueiro (1911-1981), Juan Perucho (1920-2003) y Ángel María Pascual (1911-1947). En este artículo se analiza la reescritura caballerescas en clave de sátira social presente en *Las aventuras del caballero Florestán del Palier* (1959) de Wenceslao Fernández Florez.

Palabras clave: Wenceslao Fernández Flórez, libros de caballerías, *Florestán del Palier*

The paradigm of the chivalric books of the seventeenth century was revitalized in the novels of contemporary authors such as Fernández Florez (1885-1964), Álvaro Cunqueiro (1911-1981), Juan Perucho (1920-2003) and Ángel María Pascual (1911-1947). This article analyzes the chivalric rewriting present in *The Adventures of the Knight Florestán del Palier* (1959) by Wenceslao Fernández Florez.

Keywords: Wenceslao Fernández Flórez, chivalric books, *Florestán del Palier*



En un artículo de 2006 sobre la presencia del mundo caballeresco medieval en la narrativa contemporánea, Antonio Cruz Casado (2006) presenta una lista de títulos de novelas de la segunda mitad de la pasada centuria que testimonian la fortuna y la persistencia del paradigma caballeresco bien entrado el siglo XX. A continuación los autores y los títulos mencionados: *Las aventuras del caballero Florestán del Palier* (1959) de Wenceslao Fernández Florez (1885-1964); *Merlín y familia* (1955 en gallego, 1957 en castellano), *La historia del caballero Rafael* y *El caballero, la muerte y el*

* El presente artículo se inscribe entre las actividades del proyecto de investigación PRIN 2017 - Progetti di Ricerca di rilevante interesse nazionale, prot. 2017JA5XAR, *Mapping Chivalry. Spanish Romances of Chivalry from Renaissance to 21th century: a Digital Approach* (coord. Anna Bognolo).

diablo (ambos de 1956) de Álvaro Cunqueiro (1911-1981); *Libro de caballerías* (1957) y *Las aventuras del Caballero Kosmas* (1981) de Juan Perucho (1920-2003). Es una lista provisional y susceptible de aumentar. Solo de paso y, ciñéndose al siglo pasado, ya se pueden añadir al elenco de Cruz Casado dos obras del escritor Ángel María Pascual (1911-1947), cuyos títulos son una clara referencia de género. Se trata de *Amadís* (1943) y de *Don Tritonel de España* (1944). Santos Sanz Villanueva habla, a este propósito, de un verdadero «revival caballeresco» en pleno siglo XX (2010, 79)¹.

Penúltima obra del escritor y periodista gallego Wenceslao Fernández Flores², *Las aventuras del caballero Florestán del Palier* aparecieron en forma de serial de nueve artículos publicados en la tercera página del periódico *ABC* de Madrid y de Sevilla entre el 28 de enero de 1959 y el 1 de marzo del mismo año, periódico con el que el escritor ya colaboraba desde 1914 en su columna de crónicas parlamentarias titulada «Acotaciones de un oyente». Aquí los títulos de los artículos³:

1. *Donde aparece la desvalida doncella Doña Mencía* (28 de enero)
2. *Del encuentro con el terrible Dragón* (29 de enero)
3. *La selva embrujada* (31 de enero)
4. *El Eldorado de los futbolistas* (3 de febrero)
5. *El zapatero astuto* (11 de febrero)
6. *El zapatero astuto* (12 de febrero)
7. *Los futbolistas* (21 de febrero)
8. *El balón encantado* (27 de febrero)
9. *En el que cesa el embrujo* (1 de marzo).

¹ En la obra de Pascual la figura del caballero andante sugiere, como escribe Santos Sanz Villanueva, un precedente del arquetipo del falangista revolucionario: «Al joven falangista radicalizado le encuentra Pascual [una] analogía idealista [...] en la figura del caballero andante» (2010, 40).

² Para una panorámica sobre la obra narrativa de Fernández Flórez, véanse, por lo menos, Nora (1958, 9-37) y Mainer (1975 y 1984).

³ Los artículos formarán los 8 capítulos de la novela *Las aventuras del Caballero Florestán del Palier* publicada por Aguilar en 1960 en el VI volumen de las *Obras Completas* del autor (v. Fernández Flórez, 1964). El VI volumen, además del *Florestán*, contiene: *Navidad*, *Año nuevo*, *El sistema Pelegrín*, *Fuegos artificiales*, *El príncipe azul* y *La vaca adúltera*.

En realidad el proyecto de una novela caballerescas por entregas debió de surgir en el autor ya una decena de años antes de 1959, si en la revista de humor *La Codorniz* aparece bajo su nombre y fechado 9 de enero de 1944 un artículo, que posiblemente iba a ser el primer capítulo de una novela caballerescas que sin embargo nunca verá la luz, titulado *El moderno desfacedor de entuertos* (fig.1), donde el severo moralista Policarpo Granés, trasunto del autor y nuevo Alonso Quijano, bajo el evocador sobrenombre de *Lanzarote el Vengador*, quiere «desfacer los entuertos» de una época vulgar y mediocre, la suya.

Policarpo, *alias* Fernández Florez, ensalzando la aleccionadora fuerza moral de los libros de caballerías dirá:

Creo que de todo cuanto leí lo que más influyó en mi espíritu fueron las novelas de caballerías [...] De las novelas de caballerías me interesa no tanto lo desaforado y maravilloso como el espíritu de justicia que vibra y rebosa en todos sus capítulos. Eso de que un hombre vaya por el mundo sin más auxilio que el de sus fuerzas enderezando entuertos y desfaciendo agravios, es sublime. El sentimiento de la justicia es tan fuerte en mí, que me obsesiona. Hubiese querido ser eso nada más: un hombre que va por el mundo castigando al malo⁴.

Se ha escrito mucho sobre el ácido moralismo y el más puro conservadurismo del escritor gallego. Su fibra de moralista corrosivo se manifestó a menudo sin contemplaciones en la modalidad satírico-humorística de la parodia de género. Baste con recordar que parodia y reescritura del género policiaco son sus dos novelas protagonizadas por el inspector británico Charles Ring, *Los trabajos del detective Ring* (1934) y *La novela número 13* (1939), con respecto a las cuales José F. Colmeiro habla de «crítica resentida y furiosamente antidemocrática de las instituciones republicanas» (1994, 129). Sátira burlesca de corte picaresco es, en cambio, *El sistema Pelegrín* (1949), que, a través de las andanzas de un profesor de cultura física Héctor Pelegrín, apunta a la condena de la que considera «una debilidad

⁴ *El moderno desfacedor de entuertos* se reproduce aquí integralmente en el *Apéndice*. En la edición Aguilar de 1960 *El moderno desfacedor de entuertos* viene a formar un capítulo introductorio del *Florestán*, aunque presenta personajes y eventos totalmente diferentes (v. Fernández Flórez, 1964).

moderna, la afición al deporte que él no compartía» (Sanz Villanueva, 2010, 55).

Ya a partir del título, el alcance paródico-humorístico de *Las aventuras del caballero Florestán del Palier* resulta palmario. A lo largo de la historia de la novela caballeresca española, el pacto genérico establecido entre autor y lector se producía ya desde los paratextos. A partir del *Amadís de Gaula*, como es notorio, los títulos del canon caballeresco del siglo XVI demuestran una clara regularidad formal: nombre del héroe + lugar de ascendencia, marcado a menudo por una geografía irreal, porque fantástica o exótica. El anónimo autor del *Lazarillo de Tormes* y Cervantes lo intuyeron los primeros. Como escribía Martín de Riquer: «[aquel] “lugar de la Mancha” [...] constituye el primer palmetazo a los libros de caballerías, que solían iniciarse con pompa y solemnidad y situando la imaginaria acción en tierras lejanas y extrañas» (1970, 41). Fernández Florez, en un libérrimo juego de asociaciones que le permite pasar constantemente del pasado al presente, no vincula el nombre de Florestán (que, como es notorio, en la obra de Montalvo es el hermanastro de Amadís y Galaor)⁵ a un mundo fantástico porque exótico o fabuloso, sino al «palier», tecnicismo que alude al engranaje del «árbol de transmisión» de automóviles y motos, porque, efectivamente, el protagonista de su novela es un caballero motorizado, con un casco de plástico dorado en lugar de un yelmo y «con la lanza de luz de sus faros» contra «las crecientes sombras del crepúsculo» (Fernández Flórez, 1964, 674). Así lo presenta el autor: «Florestán de Palier, el magnífico corredor en moto, invencible, en todas las competiciones» (673).

Con una gran amplitud imaginativa, en su *Florestán* Fernández Flórez da pie a muchas y muy ocurrentes situaciones, queriendo establecer nexos entre «esos mundos de realidades tan asombrosas como las que enriquecieron los siglos pasados» (670-671) y su época, entre el más puro humorismo y el repliegue nostálgico.

⁵ El protagonista del *Florisando* de Ruy Páez de Ribera es el hijo de Florestán. En el *Amadís de Gaula* de Jean-Baptiste Lully (1684) la figura de Florisando cobra especial relevancia.

Así la «desvalida» doña Mencía, rediviva Dulcinea de nuestro caballero-motociclista, supera una muy prosaica ordalía resultando ganadora de un concurso de belleza, que la nombra «reina de las reinas de los Mercados» y, desalojada de su vivienda (¡reside en Torredolones!), es socorrida por el «esforzado campeón» Florestán que, al final de la novela, se casará con ella «porque ya tenía casa y había que terminar el cuento» (687); así el «terrible dragón», anunciado en el segundo capítulo, no es más que un camión que pasa zumbando a «velocidades de vértigo» y que «siente el diabólico placer de aplastar, como si fuesen insectos, a ciclistas y motoristas» (674). La gente llama al coche «el Dragón» porque lleva sobre el radiador una figura metálica que representa a la criatura fantástica. A medio camino entre el «descoyuntado» humorismo codornicesco (Mainer, 1975, 38) y una cautelosa sátira de costumbres y desde la perspectiva de un conservadurismo obstinado y de una constante postura antimoderna, en su *Florestán* Fernández Flórez revisa algunas de las plagas que, en su opinión, afectaban a sus tiempos, como la incipiente civilización mecánica en la aventura que se acaba de tratar, que ya había denunciado en el prólogo de su novela de 1938 *El hombre que compró el automóvil*, donde hablaba de «seres mecánicos que se mezclan en nuestra vida, coexisten con nosotros, nos entorpecen [...] y hasta nos matan» (Fernández Flórez, 1938, 3) o el daño causado por el hombre a la Naturaleza por una deforestación incauta, como resulta en el tercer capítulo, titulado la «selva embrujada»: «Todo lo que se ve de ese valle y muchos kilómetros en torno a él era en otros tiempos una selva» dice un personaje (Fernández Flórez, 1964, 678).

El maleficio de la «floresta encantada», destacadísimo tanto en la narrativa artúrica como en los libros de caballerías, en el *Florestán* decimonónico no tiene nada que ver con lo maravilloso caballeresco, por ser, como en el *Quijote*, sencillamente el resultado de la proyección de los temores, de la fantasía y de la sugestión de sus moradores: «Usted como yo» dice el camionero a Florestán «ha recorrido mucho las carreteras, y sabe, también como yo, que durante la noche a la luz de los faros, los árboles que hay a la orilla de las cunetas [...] adquieren formas que frecuentemente parecen monstruosas» (678). El episodio de los árboles que salen «al encuentro de los automóviles que pasan por allí y les hacen chocar con ellos» (679) se convierte en pretexto para poner en tela de juicio las creencias

animistas de la cultura tradicional gallega:

entre los moradores, de imaginación excitada por todas las aprensiones que el misterio de un bosque pone en los espíritus, se arraigó la creencia de que las almas de los que allí habían muerto ahorcados purgaban sus culpas no solo manifestándose entre la umbría y en los hogares de los escasos vecinos, sino apareciendo en las carreteras para continuar sus depredaciones. Esa leyenda dice que suelen presentarse no como hombres, sino como árboles dotados de una vaga forma humana. Esto contribuye a sostener la creencia en los aparecidos y en todos los extraños seres maléficos de la selva (678)⁶.

También el tópico de la «cueva de las maravillas», cuya presencia insistente en las novelas de caballerías ha sido abundantemente registrado y estudiado por Helena Percas de Ponseti (1968), Aurora Egido (1994)⁷ y Juan Manuel Cacho Bleuca (1995), encuentra su lugar y su actualización en la novela de Fernández Florez. Espacios fantásticos y fabulosos, como escribe Marín Pina, «las cuevas constituyen en muchos casos la entrada a un reino oculto, el umbral del descenso a una región subterránea misteriosa donde el caballero encuentra otro mundo [...] ordenado y dirigido por sabios y repleto de encantamientos» (2004, 934-935).

En el capítulo *La cueva de los alquimistas* Don Florestán y Doña Mencía, penetrados en una gruta descubren los nuevos sabios del mundo moderno: unos jugadores de quinielas que pronostican los resultados de unos partidos de fútbol. Vale la pena leer el largo fragmento:

Es poleados por la seducción de estas noticias, Florestán y doña Mencía penetran, tras pedir permiso, en la gruta.

Era una cavidad abovedada, en la que no hallaron hornos ni matraces, ni alambiques, ni siquiera ese búho que aparece en las ilustraciones que suelen acompañar a cuentos y relatos que se refieren a esa vocación en la que hace siglos cuajaron la ciencia y la codicia humanas.

Una intensa luz de acetileno. Una mesa de pino, amplia como tablero de dibujante. En la pared, otro tablero en el que había números y cifras y nombres. Una

⁶ Son muchos y muy estudiados los ejemplos del tópico presentes en el género ibérico, desde el *Amadís* al *Palmerín de Inglaterra*, hasta los hechizos del bosque de *Saron* en la *Gerusalemme* de Tasso.

⁷ En relación con la cervantina Cueva de Montesinos del capítulo 22 de la segunda parte del *Don Quijote*.

cafetera, con el depósito medio lleno de oloroso líquido; en el suelo un confuso amontonamiento de diarios y revistas; y periódicos, también sobre la mesa, y cuartillas con más cálculos y más nombres.

Dos individuos, encorvados sobre aquellos papeles, los ojeaban con minuciosa atención, y hacían cuidadosas anotaciones y tijireteaban trozos de los periódicos. Los tales sujetos tenían un aspecto perfectamente vulgar, sin nada que recordase la convencional traza de los alquimistas. Y cuando Florestán les contó que por tales los habían inducido a tomarlos, sonrieron, sin asombrarse demasiado.

– En parte –declaró uno de ellos– tiene razón. Buscamos y obtenemos oro. Pero de nuestras indagaciones no sale ese metal amarillo y fascinante tan ansiado por la alquimia, sino los billetes que pueden procurarlo. Buscamos, simplemente, el dinero, los billetes con que todo puede ser adquirido. Mas nuestra labor es, por lo menos, tan complicada y trabajosa. Para deshacer el equívoco, les confesaremos que el afán en que estamos empeñados es el de averiguar cuáles pueden ser los equipos que quedan triunfantes en los partidos de fútbol de la Liga. Estudiamos los precedentes de los jugadores y la marcha de éxito o de derrotas que lleva cada club y nos enteramos de la forma en que van a situar a sus hombres sobre el campo del estadio. Y todo lo conjugamos y de todo obtenemos nuestras consecuencias, y con ellas llenamos los boletos. En una palabra, y para decirlo sin ambages, somos dos quinielistas, y no hace mucho tiempo nuestros cálculos ciertos nos valieron tres millones de pesetas (681-682).

En las últimas aventuras la sátira de costumbres sigue apuntado al mundo del fútbol, tema ya abordado en una novela de 1932, *El sistema Pelegrín*, y objeto de una serie de veintitrés crónicas «balompédicas» (Fernández Flores acuñó muchos neologismos futbolísticos), anteriormente publicadas en *ABC* y recopiladas en el libro *De portería a portería. Impresiones de un hombre de buena fe* en 1949. Se trata de una aproximación personalísima al mundo del balón y, por una de esas paradojas de las que frecuentemente fue protagonista, Fernández Flórez parte de la posición de un hombre que detestaba el fútbol como todo tipo de deporte. Escribió al respecto: «Naturalmente, he oído hablar de fútbol muchas veces, aunque pocos minutos en cada ocasión, porque –ignoro las razones–, esas charlas me atacan el encéfalo» (1957, p. 101).

En el *Florestán* la aventura del Eldorado de los futbolistas, que ocupa más de cuatro capítulos, se juega toda al borde de la ironía, y no podía ser de otra manera para un hombre que, trayendo a cuenta el filósofo alemán Oswald Spengler (1880-1936), pensaba que «a la cultura le corresponde la

gimnasia; a la civilización [considerada como sinónimo de decadencia de una cultura] el deporte»⁸. La aventura se desarrolla toda alrededor del motivo del objeto mágico⁹, estudiado en los libros de caballerías por Mónica Nasif, que escribe: «El universo de los objetos permite a los personajes de la literatura caballeresca conducirse en un ámbito que fluye entre el ser que se es y aquel al que se desea llegar» (2012, 775). En el caso específico, en la novela de Fernández Flores el objeto no será un arma, un espejo, una corona o el más presente anillo, como los que Nasif elenca, sino un más trivial balón que, «sea quien sea el que lo impulse, siempre sale proyectado hacia la portería, y siempre entra en ella» (Fernández Flórez, 1964, p. 686-687). El motivo se convierte, además, en un metamotivo, cuando el futbolista chino Chang-fu explica a Florestán los paralelos entre su petición y las aventuras «según las historias»:

—Señor —dijo [Chang-fu]—, a mí me trae un empeño más ambicioso, y a usted, precisamente, es a quien busco para pedirle ayuda, porque he oído afirmar que es como aquellos antiguos caballeros andantes que iban por el mundo desencantando doncellas y descubriendo cosas tan peregrinas como la fuente que habla y el pájaro que canta. Pues bien: en el lejano país de donde vengo escuché de labios de los hombres más viejos que aquí, en esta nación, se esconde una de las más asombrosas maravillas que aún quedan en el mundo. Se trata de un balón que, sea quien sea el que lo impulse, siempre sale proyectado hacia la portería, y siempre entra en ella. [...] Algo muy parecido en su mecánica, pero no tan útil en sus fines, existió en los no muy remotos años en que, según las historias, un hechicero echó a rodar ante un príncipe una manzana que le condujo por montes y valles hasta donde crecía el árbol cuyas hojas hacían sonar una música dulcísima (686-687).

Florestán y Chang-fu encontrarán al balón, ganarán todos los partidos, fundarán el El Menisco Club, hasta que decidirán deshacerse de la

⁸ En otra ocasión escribió: «Parece ser que once señores, vestidos muy sencillamente y con extraño gusto, pretenden meter una pelota en una red, sin el auxilio de las manos. Si ustedes se fijan en el tamaño de la puerta, por la que caben no sé cuantos balones juntos, se dirá que la empresa es muy fácil, y lo sería en efecto, si otros once jóvenes de ideales idénticos, aunque referidos a la puerta de enfrente, no se opusieran a ello con incansable actividad». La cita es indirecta, v. Besteiro (2007, 233).

⁹ El motivo D800 del *Thompson's Motif Index*.

pelota porque en ella, como en todos los balones, «se han ido almacenando [...] poderes diabólicos» (687).

«Género dinámico, innovador, y a la par apegado a sus raíces» (Marín Pina, 2010, 190) los libros de caballerías llegan al siglo XX proporcionando a los escritores modernos un paradigma fuerte y al mismo tiempo dúctil, capaz, como ya demostrado por Cervantes, de cargarse tanto de tintes nostálgicos hacia valores absolutos y maniqueos, como de ridiculizar, a través de una reescritura paródica, usos, costumbres y prácticas vigentes. A través de las aventuras del jinete que monta una motocicleta, entre humor y compromiso, paradoja y costumbrismo, el autor gallego pasa en revista una serie de ideas y prácticas sociales focalizadas desde la perspectiva del más puro tradicionalismo. La comicidad que aflora resulta del choque entre un lenguaje y un mundo idealizado y los nuevos contextos de desencantado realismo. En 1944 en las mismas páginas donde había empezado a colaborar en 1941, Fernández Flórez había escrito:

Yo soy sencillamente un hombre muy serio que siente la necesidad de atacar en sus escritos aquellas costumbres y modalidades que le descontentan; en muchas ocasiones he ido contra ideas y prácticas de mi tiempo [...] Yo no tuve la culpa que en aquellas actitudes y aquellos procedimientos hubiese cierta comicidad. Si acertaba a verla y a contarla, la risa, que pudiera producirse, no tenía su fuente en mí, sino en el ridículo esencial de lo atacado (*apud.* Llera Ruiz, 2003, 45).



Fig. 1 Wenceslao Fernández Flórez, «El moderno desfacedor de entuertos», *La Codorniz*, 9 de enero de 1944.

Apéndice¹⁰

Wenceslao Fernández Flórez
El moderno desfacedor de entuertos

Mi amigo Ernesto y yo acabábamos de leer los periódicos de la noche y comentábamos una noticia que había retenido nuestra atención; desde hace algún tiempo ocurrían agresiones extrañas, cuya importancia estaba más en su repetición que en su truculencia. Un desconocido acometía a personas aisladas y las golpeaba sañudamente.

Parecía proceder al albur, sin elegir un tipo determinado de víctimas: a veces, era un elegante caballero; a veces, un trabajador humilde; a veces, un alegre e insignificante señorito. Nunca mujeres. No empleaba más armas que sus puños, y debían ser muy fuertes, porque después de sacudir al transeúnte más o menos tiempo, según las circunstancias le permitían, terminaba por dejarle *k.o.* de un certero puñetazo en la barbilla; un puñetazo que no fallaba nunca. El agredido pasaba, según la frase pugilística, a la *región de los sueños*, y cuando le recogían y volvía en sí, hablaba de su agresor como de un hombre de regular estatura, delgado, bien vestido, al que no había visto anteriormente en ninguna ocasión. Jamás les faltaba dinero ni alhajas. El individuo traumatizante se presentaba en todos los casos con modales finos, diciendo llamarse Lanzarote el *Vengador*, y agregaba:

– Voy a tener el gusto de darle una paliza.

Y comenzaba a tundirlos. La policía se inclinaba a creer que se trataba de un loco.

Ernesto y yo perdimos algunos minutos en glosar aquel tema pronunciando reflexiones tales como: «Nadie está seguro», «¡Hay que ver en qué

¹⁰ La transcripción del texto de *El moderno desfacedor de entuertos* y la imagen del artículo de la revista *Codorniz* se deben a Giulia Proserpi, que en el año académico 2017/ 2018 discutió en la Universidad de Roma La Sapienza una tesis de maestría titulada: *Un libro di cavalleria spagnolo del XX secolo: «Las aventuras del caballero Florestán del Palier di Wenceslao Fernández Flórez»*. Edizione e studio. A Giulia le agradezco mucho la ayuda y el material que generosamente me permitió utilizar en este artículo.

tiempos vivimos!», y otras que no consigno porque, si he de ser franco, no creo que ninguna de ellas, pueda ser considerada como una original contribución a la Filosofía.

Estábamos un poco aburridos. Al través de las cerradas ventanas de aquel entresuelo donde charlábamos, llegaban demasiado próximos los ruidos de la calle: los tranvías chirriaban en una curva, los vendedores de diarios voceaban; el rumor gentilicio sonaba como el de una marea. Decidimos escuchar la radio. Ernesto buscó una emisora cualquiera. Comenzamos a oír; mientras, fumábamos.

«Transmitimos desde el escenario del teatro Tal y Cual. Acaban de aparecer en él los famosos acróbatas Tal y Cual, que, como notarán, fueron recibidos con aplausos. Ahora Tal se encoge como si intentase ponerse en cuclillas, y entrelaza sus manos. Ahora Cual apoya un pie en esas manos y se encarama sobre los hombros de su compañero. Ahora se sube a la misma cabeza, ahora, saluda al público, abriendo los brazos. Ahora, salta al suelo».

– Esto resulta muy emocionante –dijo mi amigo, abriendo la boca en un bostezo.

– Es lo que se llama la televisión –opiné sin un excesivo convencimiento. Seguimos fumando. Pasaron unos minutos.

«Ahora –explicaba penosamente el locutor– está ante nosotros la pareja de baile. Él y Ella. Comienzan a bailar. Mueven ágilmente los pies... La mano izquierda de Él coge la mano derecha de Ella, y apoya la otra en la cintura... Ella hace... así..., unos movimientos muy elegantes... Bailan muy... muy bien, sí señor. Van de un lado a otro del escenario... Ella está ahora sobre la punta de los pies, y... el reflector ilumina».

Ernesto volvió a abrir la boca, y después alabó, para disimular algo:

– Por eso..., la ciencia... Radiar los movimientos de unos prójimos que bailan, es... es casi un milagro ¿verdad?

No respondí. Comenzaba a dormirme.

Bruscamente, se alteró la paz del gabinetito. Un cristal de la ventana se rompió. Entró por el hueco una mano que descorrió la falleba, y un hombre saltó ligeramente sobre la alfombra. Nos pusimos de pie, apercebidos para rechazar al intruso; pero la sorpresa nos inmovilizó, cuando este, después de cerrar nuevamente la ventana, se volvió hacia nosotros.

Era nuestro amigo Policarpo Granés.

—¡Chis! —dijo—. La Policía me persigue.

Jadeaba, como bajo el efecto de una larga carrera, y sus cabellos estaban revueltos; pero no había expresión de susto en su semblante. Avanzó hacia la mesita y se sirvió una copa de jerez.

—Es una rara manera de hacer una visita, ¿no es eso? —añadió, sonriéndonos—. Disculpadme. No podía optar. Si vivieseis un poco más lejano, me habrían atrapado.

—¿Qué has hecho?

—¡Oh, nada! —contestó contemplando su mano derecha, cuyos nudillos estaban ensangrentados—. He arreglado una pequeña cuenta con un quídam... Una minucia.

Se me ocurrió súbitamente una idea, y extendí hacia él un índice acusador.

—¡Tu eres Lanzarote el *Vengador!* —grité.

El se rió, mientras nos miraba. Se comprendía que vacilaba en hablar. De estatura media, delgado, de músculos de acero —había sido campeón de aficionados a boxear—, sus señas convenían a las que los diarios publicaban. Al fin, nos confesó:

— Pues bien: yo soy ese tipo, en efecto.

Y mientras bebíamos unas copas, nos hizo estas extrañas declaraciones:

— Creo que de todo cuanto leí, lo que más influyó en mi espíritu fueron las novelas de caballerías. No debe parecer extravagante que haya hoy una persona sensible a lo mismo que hace apenas unos cientos de años apasionaba a todo el mundo. De las novelas de caballerías me interesa no tanto lo desaforado y maravilloso como el espíritu de justicia que vibra en todos sus capítulos. Eso de que un hombre vaya por el mundo sin más auxilio que el de sus fuerzas enderezando entuertos y desfaciendo agravios, es sublime. El sentimiento de la justicia es tan fuerte en mí, que me obsesiona. Hubiese querido ser eso nada más: un hombre que va por el mundo castigando al malo. Por fortuna, hoy las cosas han cambiado bastante. Los caballeros andantes de los caminos son los guardias civiles, y los de la ciudad, la Policía armada. Si un malhechor comete cualquier atentado contra alguien, la Policía se mueve para atraparlo y los jueces para aplicarle el castigo que le corresponde. No hay maldad que no tenga una casilla en el Código y una celda en la cárcel. Y como no me placía ser un juez más

entre los jueces ni otro policía entre los policías, resultaba que no tenía nada que hacer. Pero no tardé en descubrir que esto no era así, sino que, por el contrario, quedaba un vastísimo campo desatendido. Vosotros, como tantos otros hombres, os habéis lamentado, seguramente, muchas veces de que el nivel de la ordinariez sube pavorosamente en nuestro tiempo. En el lenguaje se emplean expresiones bastas y, en el trato social, formas desatentas. El paso de los rojos por España acentuó tales incorrecciones, y contagió a mucha gente que cree que ser grosero es ser moderno. A mí los mal educados me enferman. No los soporto. Y cuando vi tantos y tantos pulular por ahí, dueños de la tierra, insolentemente amparados en la impunidad por esa pereza de la gente que, «no quiere meterse en líos», pensé: «Esta es la plaga que hay que combatir, ya que la ley no la alcanza; estos son los malandrines contra los que debe luchar el caballero andante de hoy». Y me lancé a ello. Sería excesivo partirlos en dos con un mandoble; pero es equitativo molerlos a puñadas. Es lo que hago.

– Este periódico dice que un caballero muy respetable...

– Sí. Una señora detuvo un taxi, y ese caballero echó a correr, se metió dentro, y se negó a salir. Una grosería. Le busqué y le dije: «Usted es un zafio; voy a darle lo que merece por haber hecho esto y esto...», y le zurré.

– También se habla de un joven de buena familia que...

– Recuerdo. Ese joven estaba en un cine con las piernas cruzadas. Alguien tenía que pasar ante él por aquella fila de butacas, y el jovencillo continuó impertinentemente recostado, en su postura entorpecedora. Le esperé, le seguí, le dije «Usted es un cretino mal educado y tendré el placer de saltarle un diente por haber hecho tal y tal y tal». Y lo dejé en tierra.

– ¿Y un conductor de taxi, al que...?

– ¡Ah, ya! Otra historia de taxis. Ese llevaba su coche vacío, vio que le llamaba angustiosamente desde la acera un paleta rodeado de maletas, que necesitaba llegar a tiempo al tren, y no quiso detenerse. Cuando le encontré, le dije: «Eso no es humanitario, y usted no tiene derecho a hacerlo». Y le *noqueé*. Intervengo en muchos trances más o menos parecidos; en todos los que presencio, que son numerosos. Mis mal educados nunca cuentan lo que les digo, para no descubrir la fealdad de su alma, y por eso la gente cree que se trata de un chiflado furioso. Pero no me importa... Sé que

hago bien y que este bien puede ser ejercido en otra forma. Estoy convencido de que, si viviesen aquellos caballeros andantes, harían hoy lo mismo que yo hago. Quizá funde una Orden, porque tantos son los entuertos de la ordinariez, que no doy abasto yo solo.

Bibliografía citada

- Besteiro, José María, «Wenceslao Fernández Flórez ou a flegma galega», en *Xornalistas con opinión: 20 biografías*, eds. Rosa Aneiros Díaz, Xosé López García, Marta Pérez Pereiro, Víctor F. Freixanes, Vigo, editorial Galaxia, 2007, pp. 221-238.
- Cacho Blecua, Juan Manuel, «La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites», en *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*, ed. Pedro M. Piñero Ramírez, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995, pp. 99-127.
- , «Introducción al estudio de los motivos en los libros de caballerías: la memoria de Román Ramírez», en *Libros de caballerías (de «Amadís» al «Q.»). Poética, lectura, representación y modernidad*, eds. Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro, María Sánchez Pérez, Salamanca, SEMYR, 2000, pp. 267-306.
- , «El mundo caballeresco en el *Quijote*», *Destiempos*, 23 (2010), pp.104-148.
- , «El motivo en la literatura caballeresca. Presentación», *Revista de poética medieval*, 26 (2012), pp. 11-30.
- Colmeiro, José F., *La novela policiaca española: teoría e historia crítica*, Barcelona, Anthropos, 1994.
- Cruz Casado, Antonio, «El mundo cavalleresco medieval en algunas novelas españolas del siglo XX», *1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura general y comparada*, XII (2006), pp. 97-106.
- Egido, Aurora, *Cervantes y las puertas del sueño*, Barcelona, PPU, 1994.
- Fernández Flórez, Wenceslao, *El hombre que compró un automóvil*, Zaragoza, Librería general, 1938.
- , *De portería a portería (impresiones de un hombre de buena fe)*, Madrid, Taurus, 1957.
- , *Las aventuras del caballero Florestán del Palier*, en *Obras completas*, vol. VI, 1964, págs. 663-711.
- Luna Mariscal, Karla Xiomara, «El motivo y los libros de caballerías», *Lingüística y Literatura*, 74 (2018), pp. 78-90.
- Llera Ruiz, José Antonio, *El humor verbal y visual de "La Codorniz"*, Madrid,

- CSIC, 2003.
- Mainer, José Carlos, *Análisis de una insatisfacción: las novelas de Wenceslao Fernández Flórez*, Madrid, Castalia, 1975.
- Mainer, José Carlos, «Contextos: la novela corta y Wenceslao Fernández Flórez», en Víctor García de la Concha, *Historia y crítica de la literatura española* (al cuidado de Fr. Rico), Barcelona, Crítica, 1984, vol. VII, pp. 149-155.
- Marín Pina, Mari Carmen, «Motivos y tópicos caballerescos», en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Edición del Instituto Cervantes 1605- 2005, dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de lectores, volumen complementario, 2004, pp. 896-938.
- , «Los libros de caballerías castellanos», en *Amadís de Gaula, 1508: quinientos años de libros de caballerías*, [Madrid, 9 de octubre de 2008 a 19 de enero de 2009], Madrid, Biblioteca Nacional de España, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2008, pp. 165-190.
- Nasif, Mónica, «Los objetos mágicos en los libros de caballerías españoles una posible clasificación», en *Literatura medieval y renacentista en España: líneas y pautas*, eds. Natalia Fernández Rodríguez, María Fernández Ferreiro, Salamanca, SEMYR, 2012, págs. 775-781.
- Nora, Eugenio G. de, *La novela española contemporánea (1927-1960)*, Madrid, Editorial Gredos, 1958, t. II, 2, pp. 7-39.
- Riquer, Martín de, *Aproximación al "Quijote"*, Navarra, Salvat Editores, 1970.
- Percas de Ponseti, Helena, «La cueva de Montesinos», *Revista Hispánica Moderna*, XXXIV (1968), Homenaje a Federico de Onís, pp. 376-399.